

## **EL CHICO DE LAS FLORES**

<<Se denomina como Sonder la sensación de darse cuenta de que cada una de las personas existentes en este planeta, conocidas y desconocidas, tiene una vida propia con problemas complejos, y que cada uno es protagonista de su propia historia>>.

El traqueteo del tren balanceaba a los pasajeros como la ribera del mar que va y viene. Aparte de la fricción del acero contra las vías se podía distinguir la percusión de un pie en el suelo siguiendo el compás de la música que escuchaba en unos auriculares. El chico asentía con la música, y a cada movimiento se caía un pétalo del coloso ramo de flores que sujetaba con ambas manos. Claveles, rosas, tulipanes lirios y otras irreconocibles flores adornaban el manojó. De todos colores y formas, dándole vida a todo un vagón entero. Algunos le miraban raro, otros intentaban esconder una sonrisa que les contagiaba la aparente felicidad del chaval. Los cascos eran tan deficientes que las personas más próximas a él conseguían escuchar cada una de las canciones que se reproducían. En una de esas abrió los ojos y le dio por mirar al suelo. Sus bambas estaban rociadas por pétalos multicolores y acto seguido volteó a mirar el ramo, que aún por suerte seguía considerablemente entero. Las puertas se abrieron y fue entonces cuando se dio cuenta de que esa era su parada. Salió escopeteado y como Hansel y Gretel dejó un rastro de pétalos.

Donde este se encontraba sentado apareció una anciana con un carro de la compra repleto de alimentos provenientes de la iglesia. La mujer trataba de coger el carro con sus cadavéricas manos, llevando toda la energía de su cuerpo para hacer sobrevivir los tarros de cristal y las hueveras del carrito. Hacía tres años su marido había fallecido después de intentar una infinidad de tratamientos. La pensión y las otras subvenciones con las que contaba no le permitían vivir dignamente y ella se negaba a aceptar de manera intermitente la ayuda de sus hijos, así que todos los sábados por la mañana ella madrugaba para conseguir comida. Allí ya todos la conocían, tan risueña y alegre que era, poco a poco, la muerte de su marido provocó el apagón de su luz. Pese a eso, al percatarse de los pétalos que descansaban a sus pies, le apareció una tenue sonrisa que le recordó a las flores que su marido le regalaba cada mes. Aprovechó el parón del tren en la parada anterior a la suya para levantarse y quedarse de pie, no fuera a ser que no le diese tiempo a incorporarse y tuviera que caminar a pie más recorrido del que

normalmente ya hace. Una mano desconocida ayudó a la señora a levantarse y esta salió del tren en la siguiente parada.

La mano desconocida pertenecía a una mujer adulta, con aproximadamente medio siglo de edad, y pese a serle útil a la anciana, esa ha sido el único acto caritativo, si así puede considerarse, que ha hecho en toda su vida. Y de hecho, alargarle la mano a esa anciana le provocó dos cosas: tanto asco que procedió a buscar posteriormente en su bolso gel desinfectante para sus manos, y el aumento de su ego pese a haber hecho algo que cualquier persona debería hacer. De clase media-alta, vestida con prendas de marcas caras, pero también de tiendas de *Inditex*, con sueños frustrados y egocentrismo rebosante por donde miraras. No se encontraba muy contenta de estar en un transporte público, pero no le quedaba otra, ya que el único coche que tenía en su posesión estaba siendo reparado. Tampoco decidió sentarse en el sitio que estaba libre, porque eso supondría sentarse donde se han sentado antes miles de personas, y total, su parada era la próxima.

Atenta, y en silencio, una adolescente de 14 años de edad, observaba toda la situación, como la mujer, después de ayudar a la anciana, se frotaba gel desinfectante en las manos con gran ímpetu. La joven se dirigía a su primer partido con el nuevo equipo que la había fichado, uno de bastante prestigio, donde hasta un ojeador de equipos como el Barça podrían verla jugar. Mientras observaba toda esta situación, se fijó en que bajo el asiento donde se encontraba la señora yacían preciosos pétalos de diferentes flores, y no pudo evitar pensar en los ramos de flores, en el funeral y en que no solo era el primer partido en el nuevo equipo, sino que también era el primer partido que iba a vivir sin su madre. Fue entonces cuando decidió ponerse unos cascos y escuchar su canción de la suerte: "*Heroes*" de David Bowie, la canción favorita de su madre. Ver aquellas flores, aunque obviamente le pusieran triste, también le recordaron que ahora tocaba ser fuerte y luchar aquel partido hasta el final, por su madre. Y en silencio, y con los ojos cerrados, se sumergió en el mantra que realizaba antes de cada partido. Y puesto que tenía los ojos cerrados, no pudo hacer el impulso de apartar los pies cuando alguien pasaba por delante de ella, y añadiendo que el chaval tampoco iba atento, sino chateando en el teléfono mirando los carteles de publicidad del tren, se tropezó con ella. Ambos se pidieron perdón al mismo tiempo y él por vergüenza decidió sentarse rápido en el asiento libre que dejó la anciana para evitar volver a tropezarse.

Estaba chateando con su novia, la cual le acababa de dejar por *WhatsApp*, él intentaba retener sus lágrimas, pero finalmente no lo consiguió, y puesto que no tenía pañuelos empezó a empapar los puños de su sudadera. Dejó la mirada caída porque se negaba a encontrarse con los ojos de alguien mientras lloraba a lágrima viva, y al hacerlo, vio los pétalos en el suelo que se le habían caído al chico que portaba el ramo de flores. Para distraerse del dolor, empezó a remover con los pies los pétalos, y en ese momento, una mujer que se sentaba a su lado le ofreció un pañuelo para sonarse su nariz sin decir ni una palabra. Él, lo tomó y le dio las gracias y mientras se limpiaba vio que no solo se le habían caído pétalos al joven, sino incluso casi una flor entera, un iris blanco, y sin pensárselo, la cogió para entregársela a la mujer mientras se incorporaba para bajar en su parada.

La empática mujer le devolvió una tierna sonrisa, ella acababa de pasar por un divorcio, con hijos de por medio, e intentaba rehacer su vida ahora como madre soltera divorciada. Curiosa y entrometida, leyó de reojo los mensajes de la exnovia del chico y entendió entonces qué le ocurría. Se encontraba inmersa en sus pensamientos, mirando la flor con cariño cuando la risotada de una niña pequeña le captó los sentidos.

Esta se encontraba también asombrada por la flor, y estiraba los brazos, uno de ellos con un muñón, como para cogerla, la mujer miró a los padres de la pequeña que le dieron permiso con la mirada para entregarle la flor. Su diminuta mano la cogió y la observaba con los ojos muy abiertos y brillantes. La otra mano le faltaba por la extirpación de un cáncer que acababa de superar, y aún se estaba acostumbrando a la falta de su manita.

Él no lo sabía, pero el chico y su ramo acabaron ayudando posteriormente a más de una persona, y de esa manera, solo a aquellos de gran corazón consiguieron acceder a aquella bonita recompensa.